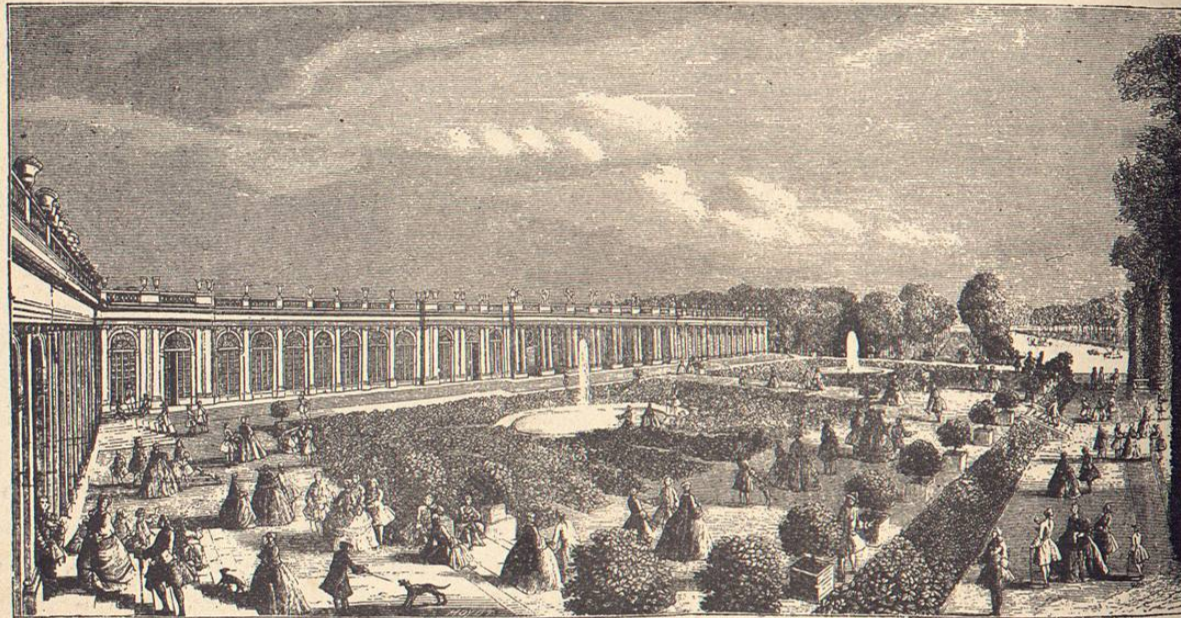


asuntos humanos, cuando para dirigirlos ella misma debe convertirse en preocupación.

III

Desgraciadamente en el siglo XVIII, la razón era clásica y le faltaban las aptitudes y los documentos para entender la tradición. En primer lugar se ignoraba la historia, la erudición repugnaba porque es fastidiosa y pesada, desdenábanse las compilaciones



El grande Trianon

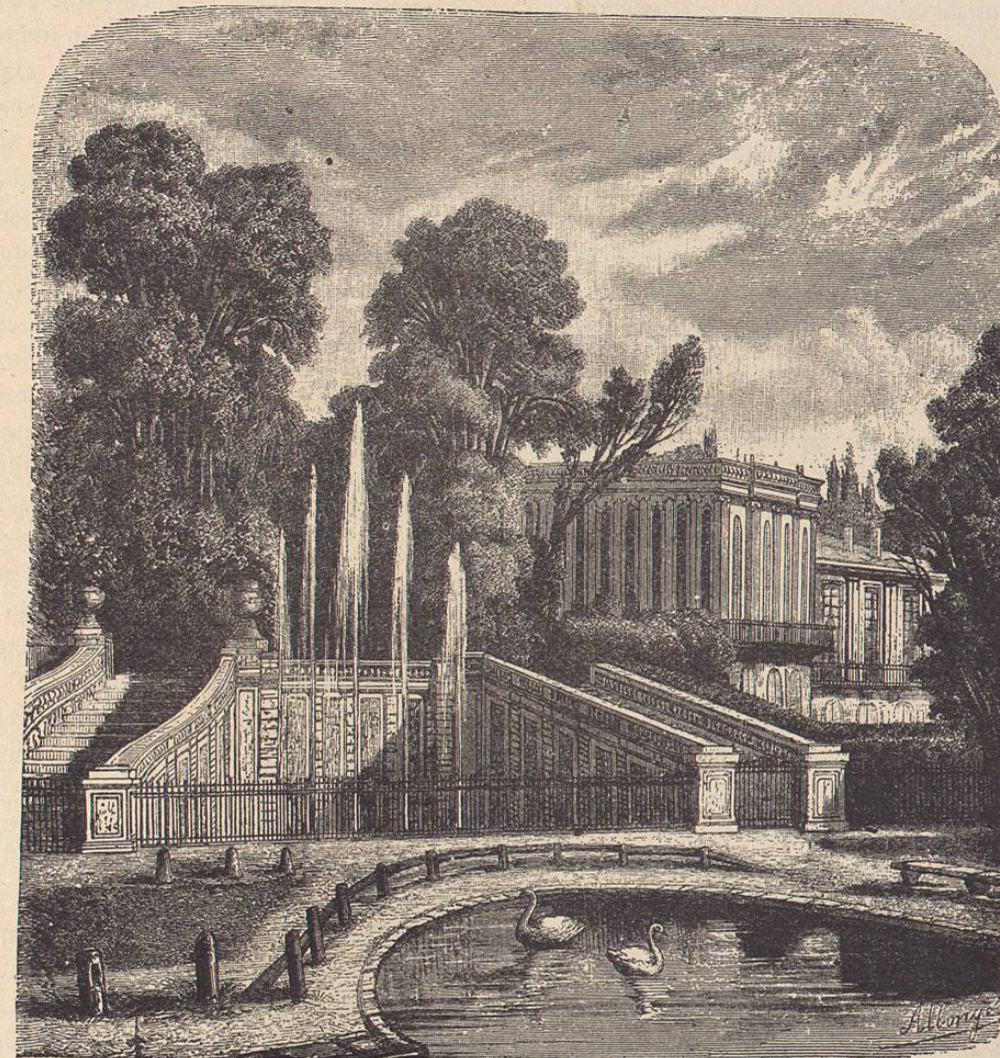
de ser epigramática ú oratoria; los detalles técnicos ó escuetos habrían disgustado á un público que se componía de personas de la buena sociedad; el buen estilo omitía ó falseaba, los pocos hechos de significación que daban á los caracteres antiguos un giro propio y su relieve original. Aún cuando alguno se hubiere atrevido á llamar sobre ellos la atención no se habría comprendido ni su significación ni su alcance. La imaginación simpática no existía; no se sabía salir de sí mismo, trasladarse á lejanos puntos de vista, representarse los raros y violentos estados del humano espíritu, los momentos decisivos y fecundos, durante los cuales da á luz una criatura viable, una religión destinada á imperar, un Estado duradero. El hombre no piensa sino con su experiencia; y en qué punto de esa experiencia la gente de aquella sociedad hubiera encontrado materiales para imaginarse las convulsiones del parto? ¿Cómo, inteligencias tan atildadas y amables, habrían podido armonizar con los sentimientos de un apóstol, de un fraile, de

doctas, las grandes colecciones de textos, el trabajo lento de la crítica. Voltaire ridiculizaba á los benedictinos. Para hacer admitir su *Espíritu de las leyes*, Montesquieu se veía en la necesidad de hablar de ellas de una manera grandilocuente. Reinal, para poner en boga su historia del comercio de las Indias, procuraba surcir en ella las declamaciones de Diderot. El abate Barthelemy había de ostentar la uniformidad de su barniz literario sobre la verdad de las costumbres griegas. La ciencia tenía obligación

un fundador bárbaro ó feudal, verles en el medio ambiente que los explica y justifica, representarse la multitud circunstante, primero de las almas desoladas, visitadas por la visión mística, y luego de los cerebros toscos y violentos entregados al instinto y á las imágenes, que pensaban por semi-visiones y cuya voluntad estaba constituida por irresistibles pulsos? La inteligencia razonadora no concebía semejantes figuras; para introducir las en su cuadro rectilíneo, necesario era reducirlas y rehacerlas; el Macbeth de Shakespeare se convertía en el de Ducis, y el Mahoma del Corán en el de Voltaire. Por consiguiente, no viendo los espíritus, desconocíanse las instituciones; no se sospechaba que la verdad no hubiera podido establecerse sino por medio de la leyenda, que la justicia no hubiese podido establecerse sino por medio de la fuerza, que la religión hubiese debido revestir la forma sacerdotal, que el Estado hubiese debido adoptar la forma militar y que el edificio gótico como otro cualquiera, tuviese

su arquitectura, sus proporciones, su equilibrio, su solidez, su utilidad y hasta su belleza. Por consiguiente, también no comprendiendo el pasado tampoco se comprendía el presente. Ninguna idea exacta se tenía del labrador, del obrero, del burgués de provincia, ni siquiera del simple caballero del cam-

po; solo se les veía de lejos, medio borrados, transformados enteramente por la teoría filosófica y por la niebla del sentimentalismo. «Dos ó tres mil,» dice Voltaire en el artículo *Suplicios* de su *Diccionario filosófico*, dos ó tres mil personas de la buena sociedad ó literatos formaban el círculo de la gente de-



Vista de Versalles

cente y no salían de él. Si alguna vez en sus castillos ó durante algún viaje, traslucían al pueblo, era de paso y á poca diferencia como veían á sus caballos de posta ó los ganados de sus alquerías, compasivamente, es cierto, pero sin comprender sus turbulentos pensamientos ni sus sombríos instintos. No se figuraban la estructura de su espíritu todavía primitivo, la rareza y tenacidad de sus ideas, lo estrecho de su vida rutinaria, maquina, entregada al trabajo manual, absorbida por el cuidado del pan cotidiano, confinada en los límites del horizonte

visible, con su devoción al santo de la localidad, á los ritos, al sacerdote, con sus profundos rencores, su desconfianza inveterada, su credulidad fundada en la imaginación, su incapacidad para concebir el derecho abstracto y los sucesos públicos, el trabajo sordo por el cual las nuevas políticas se transformaban en su mente en cuentos de aparecidos ó consejos, sus enamoramientos contagiosos como los del carnero, sus furores ciegos como los del toro, y todos esos rasgos característicos que la Revolución iba á dar á luz. Más de veinte millones de hombres ha-